

# DESTRUCTORA DE DESTINOS

**GRANTRAVESÍA**

VICTORIA AVEYARD

DESTRUCTORA  
DE DESTINOS

Traducción de  
Karina Simpson

**GRANTRAVESÍA**

DESTRUCTORA DE DESTINOS

Título original: *Fate Breaker*

© 2024, Victoria Aveyard

Publicado según acuerdo con New Leaf Literary & Media Inc.,  
a través de International Editors' Co.

Traducción: Karina Simpson

Arte de portada: Sasha Vinogradova

Mapa: Francesca Baraldi

Mapa © &™ 2024, Victoria Aveyard. Todos los derechos reservados

D.R. © 2024, Editorial Océano, S.L.  
C/Calabria 168-174 Escalera B Entlo. 2ª  
08015 Barcelona, España  
[www.oceano.com](http://www.oceano.com)  
[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México  
[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)  
[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2024

ISBN: 978-84-127259-8-8  
Depósito legal: B 10772-2024

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005827010624

*A los que caminan en la oscuridad, pero nunca pierden  
la esperanza, y a mí misma cuando tenía catorce años,  
cuando buscaba esta historia que finalmente encontré.*

# 1

## QUIENES QUEDARON ATRÁS

*Charlon*

Un sacerdote caído nombraba a sus dioses y le rezaba a cada uno de ellos.

*Syrek. Lasreen. Meira. Pryan. Immor. Tíber.*

De sus labios no salía ningún sonido, pero eso no importaba. Los dioses lo oirían de cualquier forma. *Pero ¿elegirían escucharlo?*

Durante sus días en la iglesia, Charlie solía preguntarse si los dioses eran reales. Si los reinos de más allá de Allward aún existían, esperando al otro lado de una puerta cerrada.

Ahora ya sabía la respuesta. Y le provocaba náuseas.

*Los dioses son reales y los reinos lejanos están aquí.*

Meer en el desierto, su Huso inundando el oasis. Los Ashlander en el templo, un ejército de cadáveres marchando desde sus profundidades.

Y ahora, Infyrna, quemando la ciudad ante sus ojos.

Las llamas malditas saltaban contra un cielo negro, mientras una ventisca rugía contra el humo. El Reino Ardiente consumía la ciudad de Gidastern y amenazaba con consumir su ejército también.

Charlie observaba con el resto de su desaliñada hueste, cada guerrero horrorizado y con la mirada perdida. Ancianos

y mortales, saqueadores jydis y soldados Treckish. Y los Compañeros también. Todos mostraban el mismo miedo en el rostro.

Pero eso no les impidió avanzar, con su grito de guerra resonando entre el humo y la nieve.

Todos cabalgaban hacia la ciudad, con el Huso y las llamas del mismísimo infierno.

Todos, menos Charlie.

Se movió en la montura. Se sentía más cómodo en su yegua que antaño. Aun así, le dolía el cuerpo y le punzaba la cabeza. Deseó tener el alivio de las lágrimas. *¿Se congelarían o hervirían?*, se preguntaba, mientras observaba cómo el mundo parecía desmoronarse.

La ventisca, el incendio. El grito de guerra de Ancianos y jydis por igual. Las flechas inmortales tintinearón y el acero de Treckish crujió. Doscientos caballos atravesaron el árido campo, cargando hacia las puertas en llamas de Gidastern.

Charlie quiso cerrar los ojos, pero no pudo.

*Les debo esto. Si no puedo luchar, puedo verlos partir.*

Se le cortó la respiración.

*Puedo verlos morir.*

—Que los dioses me perdonen —murmuró.

Su alforja de plumas y tinta pesaba mucho a su costado. Ésas eran sus armas más que cualquier otra cosa. Y en ese momento, eran completamente inútiles.

Así que volvió a la única arma que le quedaba.

Una oración le volvió lentamente, desde los rincones olvidados de otra vida.

*Antes de ese agujero en Adira. Antes de desafiar a todos los reinos de Ward y arruinar mi futuro.*

Mientras recitaba esas palabras, los recuerdos relampagueaban, afilados como cuchillos. Su taller bajo la Mano del

Sacerdote. El olor a pergamino en la húmeda habitación de piedra. La sensación de la soga de la horca alrededor de su cuello. El calor de una mano apoyada en su cara; los callos de Garion, tan familiares como cualquier otra cosa del reino. La mente de Charlie recordaba a Garion y su último encuentro con él. Todavía le escocía, era una herida que nunca cicatrizó del todo.

—Fyriad, el Redentor —continuó, nombrando al dios de Infyrna—. Que tus fuegos nos limpien y quemem el mal de este mundo.

La oración le dejó mal sabor de boca. Pero era algo, al menos. Algo que podía hacer por sus amigos. Por el reino.

*Lo único*, pensó con amargura, viendo cómo el ejército avanzaba.

—Soy un sacerdote consagrado de Tiber, un servidor de todo el panteón, y que todos los dioses me oigan como escuchan a los suyos...

Entonces, un aullido desgarró el aire como un rayo y su yegua se estremeció.

Al otro lado del campo, las puertas de la ciudad se doblaron, sacudidas por algo en su interior. Algo grande y poderoso, una multitud que gritaba como una manada de lobos fantasmales.

Con un ramalazo de terror, Charlie se dio cuenta de que no estaba lejos de la verdad.

—Por los dioses —maldijo.

Los Compañeros y su ejército no vacilaron, el muro de cuerpos avanzaba en línea recta. A través de las llamas... y los monstruos dentro de ellas. Las puertas de la ciudad se derrumbaron, revelando demonios infernales como sólo los había visto en manuscritos divinos.

Lomos llameantes, sombras cenicientas.

—Sabuesos del infierno —susurró Charlie.

Los monstruos saltaron hacia el ejército sin miedo. Sus cuerpos ardían, las llamas nacían de su piel y sus patas larguísimas eran negras como el carbón. La nieve hervía sobre sus pelajes ardientes, levantando nubes de vapor. Sus ojos brillaban como brasas y sus mandíbulas abiertas escupían ondas de calor.

*Los manuscritos no eran tan temibles como la realidad*, pensó Charlie con pesar.

En las páginas de los viejos libros eclesiásticos, los sabuesos infernales eran sagaces y pequeños, quemados y retorcidos. No como estos lobos letales, más grandes que caballos, con colmillos negros y garras asesinas.

Los manuscritos también se equivocaban en otra cosa.

*Los sabuesos infernales pueden morir*, se dio cuenta Charlie, al ver cómo uno se deshacía en cenizas tras un golpe de la espada de Domacridhan.

Algo parecido a la esperanza, por pequeño y feo que fuera, surgió en el interior del sacerdote caído. Charlie contuvo la respiración, viendo a los Compañeros abrirse paso a través de los sabuesos hacia la ciudad en llamas.

Dejando a Charlie solo con los ecos.

Era una tortura mirar las puertas vacías, esforzándose por ver algo dentro.

*¿Han encontrado el Huso?*, se preguntó. *¿Los sabuesos han ido a defenderlo? ¿Todavía está aquí Taristan, o lo perdimos de nuevo?*

*¿Van a morir todos y dejarme a mí la responsabilidad de salvar el reino?*

Se estremeció ante el último pensamiento. Por su propio bien y por el bien del mundo.



—Desde luego que no —dijo en voz alta.

Su yegua respondió con un relincho.

Charlie le acarició el cuello.

—Gracias por tu confianza.

De nuevo observó la ciudad de Gidastern, una ciudad de miles de habitantes reducida a un cementerio en llamas. Y quizá también una trampa.

Se mordió el labio, apretó la piel entre sus dientes. Si Taristan estaba allí, como lo sospechaban, ¿qué sería de los Compañeros? ¿De Corayne?

*Ella es poco más que una niña, con el mundo sobre sus hombros, Charlie se maldijo a sí mismo. Y aquí estoy yo, un hombre adulto, esperando a ver si ella logra salir con vida.*

Sus mejillas se encendieron, y no por el calor de las llamas. Con todo su corazón deseó haber sido capaz de sacarla de la batalla. Se estremeció, con una punzada de arrepentimiento en el pecho.

*Nunca podrías haberla salvado de esto.*

Otro ruido surgió de la ciudad, una llamada gutural. Pero provenía de muchas bocas, tanto humanas como de otro mundo. Sonaba como una campana de la muerte. Charlie lo conocía muy bien. Oyó lo mismo en el templo de las estribaciones, surgiendo de incontables cadáveres de muertos vivientes.

*El resto del ejército del Huso está aquí, se dio cuenta con un sobresalto. Los Ashlander, los de Taristan.*

De repente, sus ágiles dedos se enroscaron en las riendas, que sujetó con la fuerza del hierro.

—Malditas sean las llamas, los sabuesos y los cadáveres —murmuró Charlie, echándose la capa hacia atrás para liberar sus brazos. Tomó su espada corta con una mano—. Y maldito sea yo también.

Con un golpe de riendas, impulsó a la yegua y ésta echó a correr. El corazón le latía con fuerza en el pecho, al ritmo de los cascos contra el suelo ceniciento. La ventisca se arremolinó, las nubes se tiñeron de rojo, el mundo se convirtió en un infierno. Y Charlie cabalgó directo hacia allí.

La puerta se vislumbraba, y más allá las calles en llamas. Un camino se desplegaba, llamando al sacerdote fugitivo.

*Al menos esto no puede empeorar, pensó.*

Entonces, algo palpitó en el cielo, detrás de las nubes, un golpe sordo como un inmenso corazón.

La columna vertebral de Charlie se convirtió en hielo.

—Mierda.

El rugido del dragón sacudió el aire con toda la furia de un terremoto.

Su yegua chilló y se levantó sobre las patas traseras, con los cascos delanteros dando patadas de impotencia. Charlie requirió de toda su voluntad para mantenerse sobre la montura. Su espada cayó al suelo y se perdió entre la ceniza y la nieve. Observó con los ojos muy abiertos, incapaz de apartar la mirada.

El gran monstruo irrumpió a través de las oscuras nubes sobre la ciudad. Su cuerpo enjoyado, rojo y negro, danzaba con la luz de las llamas. El dragón retorcido, nacido del dios Tiber y del reino resplandeciente de Irridas. *El Reino Deslumbrante*, lo supo entonces Charlie, recordándolo de las escrituras. Un lugar cruel de oro y joyas, y cosas terribles corrompidas por la avaricia.

De las fauces del dragón brotaba fuego y sus garras brillaban como acero negro. El viento caliente sopló sobre las murallas, arrastrando nieve y ceniza y el putrefacto olor a sangre del dragón. Charlie sólo pudo ver cómo el monstruo

del Huso se estrellaba contra la ciudad, derribando torres y campanarios.

Su pluma había trazado muchos dragones a lo largo de los años, dibujando patrones de llamas y escamas, garras y colmillos. Alas de murciélago, colas de serpiente. Como los sabuesos de Infyrna, la realidad era mucho más horrible.

No había espada que él pudiera levantar contra un demonio como éste. Nada podía hacer un mortal contra un dragón de un reino lejano.

Ni siquiera los héroes podrían sobrevivir a algo así.

Los villanos tampoco.

*Y desde luego, yo no.*

La vergüenza trepó por su garganta, amenazando con ahogar la vida de Charlon Armont.

Pero, por todos los Ward, por todos los reinos, no podía ir más lejos.

Por fin brotaron las lágrimas que deseaba, ardientes y heladas a partes iguales. Las riendas se tensaron en su mano, tirando de su yegua para alejarse de la ciudad, del Huso, de los Compañeros. Del principio del fin del mundo.

Ahora sólo quedaba una pregunta.

*¿Hasta dónde puedo llegar antes de que también llegue el final para mí?*

\* \* \*

En sus veintitrés años, Charlie nunca se había sentido tan solo. Ni siquiera la horca le pareció tan lúgubre.

Ya había anochecido cuando por fin salió de la ventisca y las nubes de ceniza. Pero el olor a humo se le adhería a la piel como un estigma.

—Me lo merezco —murmuró Charlie para sí. Volvió a limpiarse la cara, las lágrimas secas. Tenía los ojos rojos y en carne viva, como su corazón roto—. Me merezco todo lo horrible que me pase ahora.

La yegua resoplaba con fuerza y sus flancos humeaban contra el aire invernal. Agotada, aminoró la marcha y Charlie la obligó a detenerse. Se deslizó sin gracia de la montura, con las piernas arqueadas y doloridas.

No conocía el mapa de Ward tan bien como Sorasa o Corayne, pero Charlie era un fugitivo, no un tonto. Sabía orientarse mejor que la mayoría. Con una mueca de dolor, sacó un mapa de pergamino de sus alforjas y lo desplegó, entrecerrando los ojos. Aún le faltaban algunos kilómetros para entrar en el Bosque del Castillo. Delante de él, el poderoso bosque devoraba el lejano horizonte; era un muro negro bajo la luna plateada.

Podía seguir dirigiéndose al este, hacia el bosque, usando los espesos árboles como camuflaje contra cualquier persecución. Adira estaba en la dirección opuesta, muy al oeste, en territorio enemigo. Pensó en su pequeña tienda bajo la iglesia destruida; entre las plumas y la tinta, las estampillas y los sellos de cera.

*Allí estaré a salvo, lo supo Charlie. Hasta el final. Los conquistadores se comen la podredumbre al final.*

Por desgracia, el camino de vuelta a Adira pasaba demasiado cerca de Ascal. Pero no sabía adónde más ir. Había demasiados caminos por recorrer.

—No lo sé —le refunfuñó a su yegua.

Ella no respondió, ya estaba dormida.

Charlie le hizo una mueca y enrolló el pergamino. Observó sus alforjas, aún intactas, con su equipo y comida. *Suficiente,*

notó, comprobando las provisiones. *Suficiente para llegar al próximo pueblo y algo más.*

No se arriesgó a encender una fogata. Charlie dudaba que pudiera encenderla, aunque lo intentara. Había pasado sus días de fugitivo principalmente en ciudades, no en la naturaleza. Por lo general, nunca estaba lejos de una taberna de mala muerte o una bodega donde dormir, con sus documentos falsificados y monedas falsas al alcance de la mano.

—No soy Sorasa, ni Andry, ni Dom —murmuró, deseando la presencia de cualquiera de los Compañeros.

Incluso Sigil, que lo arrastraría ella misma a la horca por un saco de oro.

Incluso Corayne, que se encontraría tan desamparada como él, sola en el bosque invernal.

Enfadado, se apretó más la capa. Bajo el humo, aún olía a Volaska. A lana buena, a gorzka derramada y al calor de un fuego crepitante en el castillo de Treckish, ya lejano.

—No puedo hacer nada útil aquí.

Le sentaba bien hablar, aunque no hablara con nadie.

—Tal vez puedan oírme —dijo, mirando las estrellas con tristeza.

Parecían burlarse de él. Si pudiera golpear cada una de ellas desde el cielo, lo haría. En lugar de eso, pateó la tierra, haciendo saltar piedras y hojas caídas.

Le volvieron a arder los ojos. Esta vez, pensó en los Compañeros, y no en las estrellas. Corayne, Sorasa, Dom, Sigil, Andry. Incluso Valtik. Todos quedaron atrás. Todos quemados y reducidos a cenizas.

—Fantasmas, todos ellos —siseó, restregándose los ojos llorosos.

—Mejor un cobarde que un fantasma.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Charlie, quien casi se derrumbó por el susto y la sorpresa.

La voz era familiar como las propias plumas de Charlie, como sus propios sellos minuciosamente cortados a mano. Trinaba, melódica, con el leve toque de un acento madrentino entrelazado en la lengua primordial. Alguna vez Charlie había comparado esa voz con la seda que esconde una daga. Suave y peligrosa, hermosa hasta el momento en que decide no serlo.

Charlie parpadeó, agradecido por la luz de la luna. El mundo se volvió plateado y las pálidas mejillas de Garion, de porcelana. Su pelo caoba oscuro se enroscaba sobre su frente.

El asesino estaba a unos metros, a una distancia prudencial entre ellos, con un fino estoque a su lado. Charlie también conocía el arma, un objeto ligero, concebido para la velocidad y la defensa rápida. El verdadero peligro era la daga de bronce que guardaba Garion en la túnica. La misma que llevaban todos los Amhara para marcarlos como asesinos, la más fina y mortífera de Ward.

Charlie apenas podía respirar, mucho menos hablar.

Garion dio un paso adelante, su paso lento era fácil y letal.

—No quiero decir que te considero un cobarde —continuó Garion, levantando una mano enguantada en el aire—. Tienes tus momentos de valentía, cuando te lo propones. ¿Y cuántas veces has estado en la horca? ¿Tres? —Contó con los dedos—. Y ni una sola vez te has orinado encima.

Charlie no se atrevió a moverse.

—Eres un sueño —susurró, rezando para que la visión no desapareciera.

*Aunque no sea real, espero que perdure.*

Garion sólo sonrió, mostrando unos dientes blancos. Sus ojos oscuros brillaban al acercarse.

—Ciertamente, tienes facilidad de palabra, sacerdote.

Exhalando despacio, Charlie sintió que sus manos heladas despertaban.

—No hui. Fui a la ciudad y me quemé con todos los demás, ¿no? Yo estoy muerto y tú estás...

El asesino inclinó la cabeza.

—¿Eso me convierte en tu cielo?

La cara de Charlie se contrajo. Sus mejillas ardían contra el aire frío y sus ojos le escocían. Tenía la visión borrosa.

—Me resisto a decirlo, pero eres realmente feo cuando lloras, querido —dijo Garion, desdibujándose.

*No es real, ya se está desvaneciendo, es un sueño dentro de un sueño.*

Este pensamiento sólo provocó que las lágrimas brotaran más rápido, hasta que incluso la luna se desdibujó.

Pero Garion permaneció ahí. Charlie sintió su calor, y el áspero golpe de una mano enguantada en sus mejillas.

Sin pensarlo, Charlie tomó una de las manos de Garion entre las suyas. Le resultaba familiar, incluso bajo las capas de fino cuero y piel.

Parpadeando lentamente, Charlie volvió a mirar a Garion. Pálido a la luz de la luna, sus ojos eran oscuros, pero brillantemente vivos. Y *reales*. Por un momento, el reino se quedó inmóvil. Incluso el viento de los árboles se detuvo y los fantasmas de sus mentes se callaron.

No duró mucho.

—¿Dónde has estado? —dijo Charlie bruscamente, soltando la mano de Garion. Dio un paso atrás y ahogó un resoplido muy poco digno.

—¿Hoy? —Garion se encogió de hombros—. Bueno, primero esperé a ver si ibas a correr hacia una ciudad en llamas.

Estoy muy agradecido de que no lo hayas hecho —sonrió—. Al menos, convertirte en héroe no te ha quitado el sentido.

—Héroe —espetó Charlie. Volvió a tener ganas de llorar—. Un héroe habría entrado en Gidastern.

La sonrisa de Garion desapareció por completo.

—Un héroe estaría muerto.

*Muerto como todos los demás.* Charlie se estremeció, sintió la vergüenza como un cuchillo en su estómago.

—¿Y dónde estabas antes de hoy? —preguntó Charlie—. ¿Dónde estuviste *dos* años?

Garion se sonrojó, pero no se movió.

—¿Quizá me cansé de salvarte de la horca?

—Como si alguna vez te hubiera resultado difícil hacerlo.

Charlie recordaba muy bien la última vez. La sensación de la cuerda gruesa contra su cuello, los dedos de los pies rozando la madera del cadalso. La trampilla bajo él, a punto de abrirse. Y Garion entre la multitud, esperando el momento de rescatarlo.

—El último no era más que un puesto de avanzada de mierda, con una guarnición más tonta que un burro —murmuró Charlie—. Ni siquiera te esforzaste.

El asesino se encogió de hombros, parecía orgulloso de sí mismo.

Ese gesto indignó a Charlie.

—¿Dónde estabas?

Su pregunta quedó suspendida en el aire helado.

Finalmente, Garion bajó la mirada y se miró las botas pulidas.

—Vigilaba a Adira siempre que podía —dijo con voz baja y hosca—. Entre contrato y contrato, cuando los vientos y el tiempo lo permitían. Llegué hasta el camino elevado muchas



veces. Y *siempre* estaba atento a las noticias. No me... No me había ido.

Charlie inhaló una fría bocanada de aire.

—*Para mí, ya te habías ido.*

Garion volvió a mirarlo a los ojos, con el rostro repentinamente tenso.

—Mercurio me lo advirtió. Sólo lo hace una vez.

La mención del señor de los Amhara, uno de los hombres más mortíferos del reino, les hizo recuperar la sobriedad. Fue el turno de Charlie de mirarse los zapatos, y pisó el suelo con torpeza. Incluso él sabía que no debía contrariar a Lord Mercurio ni tentar su ira. Garion le había contado suficientes historias sobre Amhara caídos. Y Sorasa era una prueba de ello. Su destino fue misericordioso, según se dice. Sólo expulsada, avergonzada y exiliada. No torturada ni asesinada.

—Ya estoy aquí —murmuró Garion, dando un paso vacilante hacia delante.

De repente, la distancia que los separaba parecía demasiado grande, pero también demasiado corta.

—¿Así que no me despertaré mañana para descubrir que ya no estás? —preguntó Charlie, casi sin aliento—. Para darme cuenta de que todo esto...

—¿Fue un sueño? —ofreció Garion, divertido—. Lo diré otra vez. Esto no es un sueño.

La desdichada esperanza volvió a brotar, tenaz y obstinada.

—Supongo que está más cerca de una pesadilla —murmuró Charlie—. Con el fin del mundo y todo eso.

La sonrisa de Garion se ensanchó.

—El fin del mundo puede esperar, mi ratón de iglesia.

Ese viejo apodo revivió gratas sensaciones en el corazón de Charlie, hasta el punto de reportarle nuevos ánimos..

—Mi zorro —respondió el sacerdote, sin pensarlo.

El asesino acortó la distancia con su gracia natural, ni lenta ni rápida. Aun así, tomó a Charlie desprevenido, incluso cuando sus manos enguantadas aferraron su cara. Y los labios de Garion se encontraron con los suyos, mucho más cálidos que el aire, firmes y familiares.

Sabía a verano, a otra vida. Como el momento de calma entre el sueño y la vigilia, cuando todo queda en silencio. Por una fracción de segundo, Charlie olvidó los Husos, el reino destruido y los Compañeros muertos tras de sí.

Pero no podía durar. El momento acabó, como acaban todas las cosas.

Charlie se apartó despacio, con las manos sobre las de Garion. Se miraron fijamente, ambos buscando qué decir.

—¿Te cazaré Mercurio? —preguntó finalmente Charlie, con la voz temblorosa. —¿Quieres la verdad, mi amor?

Charlie no dudó, ni siquiera cuando entrelazó sus dedos con los de Garion.

—Estoy dispuesto a cambiar un corazón roto por un cuerpo vivo.

—Siempre te gustaron las palabras bonitas —Garion le sonrió, aunque sus ojos se enfriaron.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró Charlie, sacudiendo la cabeza.

Para su sorpresa, Garion se echó a reír.

—Tonto —rio entre dientes—. *Vivimos*.

—¿Por cuánto tiempo? —se burló Charlie, soltando las manos. Miró hacia la oscuridad, hacia la ciudad en llamas y el Huso aún desgarrado.

Garion siguió su mirada y observó por encima del hombro. Sólo estaba la negrura de la noche y el frío amargo de la luna.

—Realmente lo crees, ¿verdad? —dijo en voz baja—. ¿El fin del reino?

—Por supuesto que sí. Lo he visto. Lo sé —afirmó Charlie.

A pesar de su frustración, de alguna manera se sentía bien al discutir con Garion. Significaba que era real e imperfecto, defectuoso, como Charlie recordaba. No una alucinación brillante.

—La ciudad detrás de nosotros está ardiendo, tú también la viste.

—Las ciudades arden constantemente —respondió Garion, blandiendo su estoque en el aire.

Charlie extendió una mano y el asesino se detuvo, con la espada ligera colgando a su lado.

—Así no —exhaló Charlie, tan enérgico como pudo. Quería que su amante escuchara, que oyera su propio terror—. Garion, el mundo se acaba. Y *nosotros* con él.

Con un largo suspiro, Garion envainó su espada.

—Realmente sabes cómo destruir un momento, ¿verdad, cariño? —sacudió un dedo en dirección a él—. ¿Es esa culpa religiosa que cargan todos los sacerdotes, o sólo es tu personalidad?

Charlie se encogió de hombros.

—Quizá las dos cosas. No puedo permitirme ni un momento de felicidad, ¿verdad?

—Ah, tal vez un solo momento.

Esta vez, Charlie no se inmutó cuando Garion lo besó, y el tiempo no se detuvo. El viento soplaba frío, haciendo vibrar las ramas, y agitaba el cuello de Charlie, levantando el olor a humo.

Con un gesto de dolor, Charlie dio un paso atrás. Arrugó la frente.

—Necesitaré otra espada —dijo, mirando la vaina vacía sobre su cadera.

Garion sacudió la cabeza y suspiró, frustrado.

—No eres un héroe, Charlie. Yo tampoco.

El sacerdote ignoró al asesino. Volvió a sacar el mapa y lo dejó en el suelo.

—Pero aún podemos hacer algo.

Garion se agachó a su lado, con una expresión de diversión en el rostro.

—¿Y eso qué es exactamente?

Charlie miró el pergamino y trazó una línea a través del bosque. Pasando ríos y pueblos, adentrándose en él.

—Ya se me ocurrirá algo —murmuró. Con el dedo trazó una línea sobre el bosque, en el mapa—. En algún momento.

—Ya sabes lo que pienso del Bosque del Castillo —dijo Garion con aire molesto. Sus labios se torcieron con desagrado, y con un poco de temor también.

Charlie casi puso los ojos en blanco. Había demasiadas historias sobre brujas en el bosque, nacidas entre los ecos que dejaban los Husos tras de sí. Pero las brujas del Huso eran la menor de sus preocupaciones en esos momentos. Sonrió despacio, sintiendo el aire frío en los dientes.

—Créeme, no hui de un dragón sólo para morir en el caldero crepitante de una vieja —exclamó—. Ahora, ayúdame a encontrar un camino donde no me maten.

Garion rio entre dientes.

—Haré lo que pueda.